

ban á él como simples particulares, no los aceptaría de ningún modo en virtud del tratado del 2 de agosto. Esta fidelidad á sus principios era muy sensible, porque además de las distracciones que la sociedad de los tres comisarios le hubiera proporcionado, hubiera podido hacer llegar por su conducto á Viena y á San Petersburgo algunos detalles de su cautividad que probablemente hubieran hecho mella en el pudor del emperador Francisco y en el noble corazón del emperador Alejandro. Sir Hudson-Lowe, que abrigaba estos temores, se aprovechó de la dificultad suscitada por Napoleón, y declaró que los tres comisarios no entrarían en Longwood más que en virtud del tratado citado. No era este el parecer de los tres comisarios, que anhelaban, de cualquier modo que fuese, ser admitidos por Napoleón, bien para disfrutar de una sociedad tan deseada como la suya por todo el mundo, ó bien para cerciorarse de su presencia; pero sir Hudson-Lowe, temiendo el entrometimiento de estos comisarios en las cuestiones relativas á la custodia de los prisioneros, no quiso acceder á ningún arreglo, y quedaron en Santa Elena sin poder presentarse en Longwood. De cuando en cuando montaban á caballo, paseaban alrededor de las habitaciones ocupadas por Napoleón, se situaban en los parajes donde esperaban verle, y estaban reducidos á mirarle de lejos ó á recoger algunos detalles de su vida de los que iban ó venían de Longwood. También se los proporcionaban por medio de los mismos compañeros de Napoleón. Uno de ellos conoció al gran mariscal Bertrand, el otro á los generales Montholón y Gourgaud, y los recibían, ó se trasladaban á Hutt's-Gate para visitar á Mma. Bertrand. De este modo se aseguraban de la existencia del ilustre prisionero en Longwood, y dejaban escapar algunas noticias que, insignificantes á sus ojos, eran de un precio infinito para los pobres cautivos relegados en una isla desierta á dos mil leguas de su patria. Mr. de Montholón, el más hábil de los habitantes de Longwood, poseía el arte de hacer hablar á los comisarios, arrancándoles de vez en cuando algunos pormenores interesantes. Procurando lisonjear á su desgraciado señor se esmeraba en persuadirle, despertando en su alma las muertas esperanzas, unas veces de que el comisario ruso iba á denunciar al emperador Alejandro los tratos que sufría, y otras de que el movimiento de los ánimos se pronunciaba en Inglaterra contra el gabinete Castlereagh, y que conseguiría de los nuevos ministros, si no la libertad de vivir en América, por lo menos un cambio de residencia.

La casualidad había proporcionado también á Napoleón un medio de comunicarse con la Europa á causa de haberse establecido á su lado el doctor O'Meara. Napoleón, que no llevaba consigo ningún médico al salir de Francia, vió uno á bordo del *Bellerophon* que le agradó muchísimo, el doctor O'Meara, hombre de talento, bastante hábil y menos terco que sus colegas en las prácticas de la medicina inglesa. Napoleón no tenía fe más que en la ciencia del ilustre Corvisart, á quien caracterizaba con estas palabras: *la experiencia en un hombre superior*. Por regla general no tomaba ningún remedio, y rechazaba absolutamente los de la medicina inglesa. Sin embargo, escuchaba al doctor O'Meara, á quien había confiado el cuidado de su salud, se burlaba de sus prescripciones, pero conversaba con él en italiano

y en latín sobre toda clase de asuntos, y además le enviaba á James-Town para que le trajese noticias. Sir Hudson Lowe consintió en que el doctor O'Meara en su calidad de inglés permaneciese al lado de Napoleón sin sufrir las molestias de los demás habitantes de Longwood, porque le creía incapaz de hacer traición á su gobierno (lo que era cierto), juzgándole, cuando más, capaz de complacer al prisionero, pero en cosas que no ofrecieran riesgo alguno. Portándose con suma habilidad en esta posición delicada, el doctor O'Meara salía del paso sin perjudicar á nadie, prestaba á Napoleón el inocente servicio de comunicarle algunas noticias de Europa, á sir Hudson-Lowe el de cerciorarse diariamente de la presencia de Napoleón, lo que no lograba siempre el oficial residente en Longwood, y complacía en Londres al príncipe regente transmitiéndole detalles sobre el ilustre cautivo, con lo que, sin cometer una infidelidad, ofrecía á la curiosidad del príncipe un interés grandísimo.

Desde algunos parajes de la meseta de Longwood se descubría el mar, y en cuanto divisaban una vela había grandes deseo de saber cuál era el navío que llegaba, de dónde procedía y qué personas y qué cosas venían á bordo. Acto continuo pasaba el doctor O'Meara á James-Town, y volvía frecuentemente con periódicos, y algunas veces con cartas substraídas á la vigilancia de sir Hudson-Lowe. Napoleón se proporcionó de este modo noticias que aliviaban su desgracia. Sucesivamente supo la absolución de Drouot, la evasión de Lavalette, sucesos que le alegraron mucho, y la famosa ordenanza del 5 de septiembre que le confirmó en la dulce esperanza de que el partido de la violencia no tardaría en ser vencido en toda Europa. También recibió cartas de su familia que le causaron una gran emoción. En unas le decían que su hijo seguía bien y que crecía á la vista; en otras que su madre, su hermana Paulina y sus hermanos deseaban reunirse con él en Santa Elena poniendo su fortuna á su disposición. Napoleón, conmovido con estas ofertas, estaba resuelto á no aceptarlas. Considerándose en Santa Elena como un condenado á muerte, no quería que su madre ni su hermana fuesen á la isla, como no hubiera querido verlas subir al cadalso con él. Sabiendo que, excepto su madre y el cardenal Fesch, sus demás parientes apenas tenían de qué vivir, y contando por su parte con cuatro ó cinco millones depositados secretamente en casa de Mr. Laffitte, no podía consentir en serles gravoso. Por lo demás, ni aun siquiera necesitaba recurrir á este depósito, porque sir Hudson-Lowe, después de haberle atormentado con los gastos de su casa, cesó de intervenir en ellos. Así, pues, dió las gracias á los miembros de su familia, mostrándoles su gratitud y negándose á aceptar sus ofertas.

A pesar de su reclusión absoluta, Napoleón recibió á algunos ingleses en la época del regreso á Europa de la flota de las Indias. Cuando esto sucedía había en Santa Elena una verdadera fiesta, como ya hemos dicho, porque los navíos renovaban los víveres en James Town y dejaban dinero ó mercancías, animando por un instante la inmensa soledad de esta roca perdida en medio del Océano. La curiosidad de ver á Napoleón era naturalmente extremada en los viajeros de todas las condiciones, y tanto más viva cuanto más cultivado se

hallaba su talento. Los grandes dignatarios, los magistrados, los sabios que viajaban en la flota, desentendiéndose de las mezquinas prescripciones de sir Hudson-Lowe, se dirigían sin intermediarios al gran mariscal para conseguir el honor de ser presentados á Napoleón.

Entre los viajeros de la flota á que aludimos estaba lord Amherst y otros muchos personajes distinguidos. Napoleón los recibió mostrándose tranquilo, amable, benévolo, y conversó largamente con ellos sobre la India, sobre los asuntos ingleses, y siempre con su acostumbrada superioridad de talento. Pidiéndole lo más importantes que les encargase para la Europa lo que quisiese, les respondió con una noble resignación: «No tengo nada que encargáros. Referid á vuestros ministros lo que habeis visto. Estoy aquí en una roca, que para mí han reducido más aún de lo que la naturaleza la ha limitado, y en la que ni siquiera puedo pasearme á caballo después de haber estado á caballo toda mi vida. Habito bajo un techo de tablas en donde tan pronto me devora el calor como me invade la humedad más penetrante. No puedo salir sin verme rodeado por los esbirros de mi inhumano carcelero. No puedo ni escribir á mi familia, ni recibir noticias suyas, sin tenerle por confidente. ¡Ya me han privado de dos de mis compañeros y Dios sabe si me dejarán los que me quedan! Si querían que muriese, más noble hubiera sido tratarme militarmente como han hecho con el ilustre Ney; si no es esto lo que desean, que me den aire y espacio. Que no abriguen temor por mi evasión: sé que ya no hay en el mundo un puesto para mí y que mi porvenir es expirar en vuestras cadenas; pero la cuestión es saber si estando en ellas debo ser torturado. Además yo no pido nada: que pidan por mí los que al ver mi situación sientan en su corazón el deseo de delatar las vejaciones que me imponen; pero yo ni siquiera les pido que lo hagan.»

El estado de Napoleón justificaba los tristes presentimientos que exponía al hablar de sí mismo. Los que le veían no podían menos de notar la profunda alteración de sus facciones, y aun cuando no estuviera en vísperas de morir, fácilmente se comprendía que su fin no estaba lejano. La aversión que concibió por los paseos á caballo, como le permitían darlos, le hizo descuidar por completo esta clase de ejercicio. A pesar del buen tiempo que hacía á fines de 1817 en Santa Elena, pasó casi seis meses sin poner el pie en el estribo. Pronosticándole el doctor O'Meara que su renuncia á los ejercicios á que estaba acostumbrado de toda la vida le sería funesta: «Tanto mejor, respondía, con eso tardará menos en llegar el fin.» Empezaba á experimentar un dolor sordo en el costado derecho, y Marchand le decía que necesitaba hacer un poco de ejercicio: «Sí, respondía suspirando, me sentaría muy bien un paseo á caballo de diez ó doce leguas; pero ¿es posible darlo en esta roca?» Siempre había tenido una gran afición á los baños, pero entonces más que nunca los tomaba á menudo, porque proporcionaba algún alivio á su dolor. Permanecía muchas horas en un baño templado, después se acostaba, y todo esto le debilitaba á ojos vistas. Su espíritu contristado no perdía fuerza ni grandeza, pero su cuerpo se debilitaba cada día más, y decía á los que le cuidaban, afligiéndose al notar su

decadencia: «Ya lo veis, *no es mi cuerpo el que era de hierro, sino mi alma.*»

Al ver sir Hudson-Lowe declinar su salud con tanta rapidez, comenzó á alarmarse, temiendo que le atribuyesen la culpa de este rápido decaimiento. Ya se habían elevado en Inglaterra muchas voces contra los tratos que se daban al cautivo de Santa Elena, y no quería ofrecer por su parte un fundamento á estas acusaciones. No atreviéndose á levantar la interdicción de los paseos á caballo sin vigilancia, pensó que un cambio de domicilio sería un remedio eficaz, tanto más cuanto que las habitaciones de Longwood, construídas con tierra y madera, estaban ya ruinosas. Las conveniencias reclamaban que hubiese cedido al ilustre prisionero Plantation-House, pero no quería privar á su familia de esta morada, y prefirió construir una casa. Lord Bathurst le había autorizado para hacerlo siempre que no costase muy caro el terreno, y bien porque el gasto de adquisición fuese demasiado excesivo hacia el lado de Plantation-House ó bien porque la meseta de Longwood pareciese como antes más á propósito para vigilar á Napoleón, sir Hudson-Lowe resolvió levantar su nueva morada en esta meseta más cerca del pico de Diana, en un paraje en el que se dejaba sentir con menos violencia el viento del Cabo.

Dió parte á Napoleón de este proyecto y le envió todos los planos para que pudiese introducir en ellos los cambios que le parecieran convenientes. Napoleón respondió que cualquier habitación en aquella parte de la isla sería funesta á su salud, que además tardarían tres ó cuatro años en terminar la construcción de la casa y que para este tiempo no era una casa, sino una tumba lo que necesitaría; que le incomodaría la vecindad de los operarios, sin poder aprovecharse de su trabajo, y que si lo que querían saber eran sus deseos, declaraba no desear en modo alguno una nueva casa, porque se conformaba con la suya, suficiente para morir en ella.

Sir Hudson-Lowe no se desanimó con esta respuesta y mandó que se construyese la casa en el terreno más abrigado del distrito de Longwood, levantando una pared de césped á propósito para separar de los ojos y de los oídos de los desterrados la vista y el ruido de los operarios.

El 1.º de enero de 1818 fué más triste que los precedentes y mucho más que el de 1817, aunque este último estuvo contristado por la partida de Mr. de Las Cases. Napoleón trabajaba menos y no sentía tanto entusiasmo para dictar sus campañas, confiando á la posteridad el cuidado de su gloria. «Para qué escribir estas *memorias consultivas*, decía, que presentamos á nuestro juez común, la posteridad? Somos unos litigantes que fastidian á su juez. La posteridad sabe apreciar los sucesos mejor que nosotros. Ella sabrá muy bien descubrir la verdad sin que nosotros nos molestemos tanto en ofrecérsela.» Napoleón dictaba menos, pero leía más. Su sensibilidad por lo bello, mucho mayor cuanto más avanzaba en edad, cuanto mayores eran sus sufrimientos, saboreaba con delicia las obras maestras del ingenio humano. Por la noche, hablando algo menos de los episodios de su vida, refería las impresiones que le causaban sus lecturas, y á veces citaba á sus amigos pasajes de los grandes escritores de todos

los tiempos con el acento de una elevada y segura inteligencia.

Leía frecuentemente la Sagrada Escritura, cuya grandeza admiraba á su genio; pero prefería Homero á todos los demás monumentos de la antigüedad. Le hallaba grande y verdadero, le encantaba el contraste que ofrecen los sentimientos nobles, delicados, muchas veces sublimes de los personajes de la *Iliada* con sus costumbres groseras de puro sencillas, y hacía notar que poco importaba la forma del hombre con tal que este hombre fuese el verdadero, el de todos los tiempos, el de todos los países. Lo que también le entusiasmaba en Homero era la grandeza, la perfecta verdad.

«Homero, decía, ha visto, ha ejecutado. Virgilio, por el contrario, es un *pasante de colegio*, que no ha visto nada ni ha tomado parte en ninguna acción.» Esta severidad para con Virgilio provenía de que, no conociendo lo bastante el latín para apreciar la deliciosa lengua del poeta de Ausonia, sólo fijaba su atención en la verdad, en la majestad de los cuadros, menor en Virgilio que en Homero.

Entre los escritores modernos, los dramáticos obtenían su preferencia. No le gustaban los géneros inciertos, ni la mezcla de lo cómico con lo trágico. Despreciaba lo que nosotros llamamos el drama, y decía que era la *tragedia de las camareras*. Elogiaba en Corneille la grandeza, la elocuencia de sentimientos en Racine, y la profundidad cómica en Moliere; Voltaire le agradaba poco como autor dramático, pero le admiraba mucho como prosista, tanto por su forma como por su fondo. Sensible á la gracia, pero siempre positivista, leía con infinito placer á Mma. de Sevigné, diciendo, sin embargo, que después de leer con delicia sus escritos no le quedaba ninguna impresión de ellos. Le parecía medianamente escrita la historia de la Francia, excepto las memorias, y atribuía esta inferioridad á la ignorancia de los negocios en que se había hecho vivir á los literatos. Enumeraba las dificultades de la composición de la historia, arte que conocía porque lo había practicado, y exclamaba á propósito de la historia de Francia: «No hay término medio, necesita dos tomos ó ciento.»

A medida que el fastidio y la inacción alteraban su salud, veía acercarse la muerte y hablaba con más frecuencia de filosofía y de religión. «Dios, decía, está en el universo visible en todas partes, y los ojos que no le descubren son muy miopes ó muy ciegos. Por mi parte le veo en toda la naturaleza, me siento bajo su mano todopoderosa, y no procuro dudar de su existencia porque no tengo miedo de ella. Creo que es tan indulgente como grande, y creo que al volver á su vasto seno encontraremos allí confirmados todos los presentimientos de la conciencia humana, siendo en esa otra vida bueno ó malo lo que en ésta han declarado bueno ó malo las inteligencias verdaderamente inspiradas. No hago caso de los errores de los pueblos, que puede reconocerse que lo son porque son indiferentes en cada cual; pero lo que las grandes inteligencias de las naciones han declarado bueno ó malo, bueno ó malo será en el seno de Dios. No abrigo la menor duda respecto de este particular, y á pesar de mis culpas me acerco tranquilamente á la soberana justicia. Mi seguridad no es tanta cuando entro en el dominio de las religiones positivas. En ellas encuentro á cada paso la mano del hom-

bre y frecuentemente me ofusca y me tropieza... Pero no hay que ceder á este sentimiento en el que entra por mucho el orgullo humano. Si dejando á un lado las tradiciones nacionales con las que los pueblos han complicado la religión, se encuentra la noción de Dios, la noción del bien y del mal poderosamente profesadas, esto es lo esencial. Yo he estado en las mezquitas, he visto en ellas á los hombres arrodillados en presencia del poder eterno, y aunque sufriesen con este espectáculo mis costumbres nacionales, no experimentaba, sin embargo, el sentimiento del ridículo. La calumnia, disfrazando mis actos, ha dicho que en el Cairo he profesado el islamismo, mientras que en París, en presencia del papa representaba el papel de católico. En esto hay algo de verdad, y es que hasta las mezquitas me inspiraban respeto, y es que, sin sentirme en ellas conmovido como en las iglesias católicas donde corrió mi infancia, veía al hombre de hinojos humillando su debilidad ante la majestad de Dios. Toda religión que no es bárbara tiene derecho para ser respetada, y nosotros católicos gozamos de la ventaja de poseer una tomada de los manantiales de la moral más pura. Si debemos respetar todas las religiones, mayor razón tenemos para respetar la nuestra, y por lo demás cada cual debe vivir ó morir en la que su madre le ha enseñado á adorar á Dios. *La religión es una parte del destino*. Forma con el suelo, las leyes, las costumbres, ese todo sagrado que se llama patria y que es preciso no abandonar jamás. Cuando en la época del Concordato me hablaban algunos viejos revolucionarios de hacer á la Francia protestante, me indignaba como si me hubiesen propuesto abdicar mi calidad de francés para convertirme en inglés ó en alemán.»

Impulsado por estas sublimes ideas á ocuparse de algunas cuestiones morales, Napoleón hablaba de lo que habían llamado *su fatalismo*. «Sobre este particular, decía, como sobre tantos otros, la calumnia ha hecho de mis opiniones verdaderas caricaturas. Han querido representarme como una especie de musulmán estúpido que todo lo veía escrito allá arriba, y que no se habría detenido ni delante de un precipicio, ni delante de un caballo desbocado, porque tenía la idea de que nuestra vida y nuestra muerte no dependen de nosotros, sino de un destino implacable, imposible de domeñar. Si esto fuera así, el hombre debería meterse en la cama desde su nacimiento y no salir nunca de ella, esperando á que Dios hiciese llegar los manjares á su boca. La estúpida energía del hombre sería inmensa; y no soy yo, que durante el curso de las más prolongadas guerras he desplegado tantos esfuerzos, sin obtener el triunfo siempre por desgracia, para conseguir el predominio de la inteligencia humana sobre la casualidad, no soy yo quien ha podido pensar de semejante modo. Mi creencia y la de todo ser razonable es que el hombre en la tierra está encargado de su suerte, que tiene el derecho y el deber de hacerla con su industria lo mejor posible, y que no debe renunciar á sus esfuerzos hasta no poder más. Sólo entonces debe cesar de pensar y de ejecutar sus pensamientos, debe resignarse y no cuidarse del peligro que no puede contrarrestar. En la guerra todo cuidado es inútil, el peligro es casi igual en todas partes. He visto á algunos hombres dejar un sitio por parecerles peligroso, y ser alcanzados en el que buscaban como más seguro.

En vano se agita uno en la guerra, con la agitación se pierde la sangre fría, el valor, sin evitar el peligro, y lo mejor es evidentemente resignarse haciendo tanto caso de los proyectiles que atraviesan el aire como del viento que mueve con su soplo los cabellos. De este modo se conserva todo el valor, toda la sangre fría, toda la presencia de ánimo, y con la calma se recobra la previsión. Este es mi fatalismo, el que predicaba á mis soldados, empleando un lenguaje á su alcance, procurando persuadirles de que estando decretado su destino no podían cambiarle por la cobardía, de que en este caso valía más que se dieran los honores del valor; y al precepto añadía el ejemplo, revelando en mi frente, que todos miraban, una indiferencia que concluyó por ser sincera. Este era el fatalismo del soldado; pero como general practicaba otro, porque me vanaglorio de creer que ningún capitán se ha servido en la guerra más que yo de su ánimo y de su voluntad. Ya lo veis, añadía Napoleón, puedo dar cuenta de todas mis opiniones, porque están basadas en la noción verdadera y práctica de las cosas.»

Napoleón experimentó en este año de 1818 un pesar de los más grandes. Ya hemos hablado del carácter quisquilloso del general Gourgaud. Su envidia, con la marcha de Mr. de Las Cases, se fijó por completo en el general Montholón, que por entonces era llamado con más frecuencia que ningún otro por Napoleón para escribir lo que le dictaba. Otros motivos contribuyeron también á aumentar esta desavenencia. Las dos familias Montholón y Bertrand se esmeraban en endulzar las horas de desgracia del augusto prisionero. En la familia Montholón, dotada de talento, de amabilidad, de experiencia del mundo, dominaba la convicción de que en vez de irritar á sir Hudson-Lowe juzgando siempre mal sus intenciones, era preciso, por el contrario, ablandarle mostrándose más justos para con él, sacando el mejor partido posible para el bienestar del ser á quien vivían consagrados. La familia Bertrand era generosa, pero irritable, vivía aparte en la morada de Hutt's-Gate, y alegando el honor, opinaba que debía resistirse á la tiranía del carcelero de Santa Elena. De aquí resultaban frecuentes divergencias de opinión y de conducta entre las dos familias, que sin el general Gourgaud no hubieran pasado nunca de ser un disentiimiento insignificante, pero con él tomaban un carácter de gravedad tal, que Napoleón tuvo necesidad de intervenir entre los generales Gourgaud y Montholón para impedir un escándalo, que en el destierro hubiera producido el más deplorable efecto. Indignado Napoleón, interpuso su autoridad y obligó á estos dos militares á renunciar á sus cuestiones, mostrándose severo con el general Gourgaud, que era quien tenía la principal culpa, y que quiso marcharse de Santa Elena. Napoleón le dió licencia para partir. «Mejor quiero estar solo, le dijo, que sufrir en la desgracia las consecuencias de tan locas pasiones.» Vió pocas veces al general Gourgaud durante las últimas semanas que pasó en Longwood, pero con todo, no olvidando las pruebas de adhesión que le había merecido, en el momento de su partida le dió preciosas muestras de su aprecio. El general Gourgaud se llevó de Santa Elena una primera relación de la campaña de 1815 que le había dictado su jefe, y que al hallarse de regreso en Europa publicó como un trabajo suyo. La misma relación, corregida por Napoleón y revestida con

su nombre, fué publicada más tarde en la colección de sus obras. Es una gran fortuna que se hayan conservado las dos, porque aunque están conformes en los puntos esenciales, contribuyen sin embargo, con algunos detalles omitidos en la una y consignados en la otra, á esclarecer los sucesos de esta memorable campaña.

Napoleón experimentó en la misma época dos pérdidas que le causaron mayor sentimiento aún. El almirante Malcolm, cuya conducta había probado que sin faltar á sus deberes podía endulzar muchísimo la suerte del ilustre prisionero, el almirante Malcolm dejó el mando de los mares del Cabo. Su intimidad con Napoleón disgustó á sir Hudson Lowe, porque temía que la conducta del almirante llegase á ser una condenación de la suya.

Le reemplazó en su puesto el almirante Plampin, personaje frío y poco dispuesto á frecuentar la casa de Longwood. El almirante Malcolm recibió de Napoleón una despedida amistosa.

A esta pérdida siguió otra, que sin afectar tanto al corazón de Napoleón, trastornó de una manera penosa sus hábitos. Se había acostumbrado, no á la medicina inglesa, sino al carácter del doctor O'Meara, quien le proporcionaba noticias y le hacía un resumen exacto de los periódicos ingleses, lo que le interesaba con extremo, porque el último rayo de esperanza que abrigaba su alma era el de que se operase un cambio de gabinete en Inglaterra. Descubriendo sir Hudson-Lowe que el doctor O'Meara era el noticiero de Longwood, exigió, que le diese cuenta de sus conversaciones con Napoleón. Negándose el doctor á complacerle, le dijo que como buen inglés le comunicaría cualquier proyecto de evasión, pero que su calidad de médico le imponía ciertos deberes, y que no haría traición á su enfermo refiriendo los detalles que debía á su confianza. Irritado sir Hudson-Lowe, quiso entonces asimilar el doctor O'Meara á los franceses destinados al servicio de Napoleón y someterle á todas las molestias que sufrían, especialmente la de ser vigilado desde el momento en que salía del recinto de Longwood. Napoleón respondió que su médico debía pertenecerle, y que si exigían para dejarle libre que este médico dependiese del gobernador, no le conservaría. Este debate fué bastante largo y motivó infinitos incidentes. El doctor O'Meara se vió primero separado de Napoleón, después volvió á su lado, y al cabo fué embarcado para Europa del modo más brutal que puede darse.

Napoleón se quedó, pues, sin médico, y desde este punto de vista no sufrió una gran privación. «El cuerpo humano, decía, es un reloj que el relojero no puede abrir para componerlo. Los médicos introducen en él instrumentos originalmente contruados sin ver lo que hacen, y cuando tocan con utilidad á esta pobre máquina es un milagro!» Se había encerrado en esta creencia, porque ninguno de los remedios que le habían dado le había producido efecto: sólo el ejercicio y algunas bebidas dulces que tomaba por sí y ante sí le ofrecían algún alivio. Al pronto se figuró que sufría un mal de hígado debido al clima de los trópicos; pero con su sagacidad ordinaria no tardó en conocer que su enfermedad residía en el estómago, y recordando que su padre había muerto de una enfermedad en este órgano, todas sus sospechas se dirigieron á confirmarle en esta creen-

cia. Algunos vómitos comprobaron su opinión y se consideraba más médico que los médicos de Santa Elena. Sin embargo, tenía bastante criterio para conceder á la ciencia acumulada de los siglos la confianza que merece; y después de algunas humoradas contra los médicos medianos, convenía en que la consulta de un hombre superior y de gran experiencia le sería ventajosa. Con frecuencia decía: «No creo en la medicina, pero creo en Corvisart. Ya que no pueden ofrecerme sus cuidados, que me dejen en paz.»

Habiéndose divulgado en la isla el rumor de que su salud declinaba sensiblemente, sir Hudson-Lowe temió la responsabilidad que pesaba sobre él por haber enviado á Europa al doctor O'Meara, y ofreció á Napoleón la asistencia de un médico de la marina inglesa, el doctor Baxter, que gozaba de general estimación. Pero la confianza que tenía en él sir Hudson-Lowe era para Napoleón un motivo de desconfianza, y se negó á ponerse en manos del doctor Baxter. Además de la responsabilidad que pesaba sobre el gobernador por carcer al ilustre cautivo de los auxilios de la medicina, responsabilidad que se aumentaba con la enfermedad, se veía privado de un testigo fiel que respondiese de la presencia del prisionero, la que era muy difícil de identificar, porque Napoleón estaba algunas veces hasta ocho días sin salir, y el oficial de servicio, no atreviéndose á forzar la puerta de su habitación, aguardaba en vano horas enteras una ocasión de verle.

Sir Hudson-Lowe se buscó los mayores apuros al despedir al doctor O'Meara. Sobre este asunto tuvo varias conversaciones con Mr. de Montholón. «¿Qué queréis que haga?, decía sir Hudson-Lowe. Si me doblego, se me acusa en Europa de ceder á un ascendiente al que nadie resiste; y si me resisto, me acusáis de barbarie.—Todas vuestras precauciones para impedir una evasión, en la que Napoleón no piensa, respondía Mr. de Montholón, son para él molestias insoportables que ocasionan la reclusión que se obstina en guardar. Cuantas más precauciones empleéis, tanto más le obligaréis á encerrarse, esto empeorará su salud, y cargaréis con una gran responsabilidad moral para el presente y el porvenir. Ahora queréis saber á toda costa si está en Longwood y saberlo todos los días. ¿Por qué no dejasteis á su lado á O'Meara? Os habéis privado de este testigo tan cómodo, y no tenéis más remedio que fiaros de mí, de mi deseo de facilitar vuestra misión y la nuestra. Si apeláis á la fuerza nos hallaréis á todos detrás de la puerta de Napoleón, y vuestra sangre, la nuestra experimentarían el ultraje que intentarais hacerle sufrir. Así pues, yo os suplico que dejéis obrar y que contéis conmigo para proporcionar á vuestro oficial de guardia todos los medios de ver á su prisionero sin ofenderle.» Con efecto, en cuanto Napoleón pasaba de una pieza á otra, Mr. de Montholón advertía al oficial de guardia, quien acudía á verle, evitando de este modo la habilidad de un servidor inteligente y fiel los conflictos más deplorables.

Obstinándose Napoleón en no salir y en tomar largos baños para aliviar el dolor que sufría en el costado derecho, se debilitó rápidamente. Sus piernas no tardaron en hincharse y experimentó en las extremidades un frío persistente, que costaba mucho trabajo combatir con la aplicación de un calor exterior y prolongado. Su pulso

había sido siempre muy lento (apenas tenía cincuenta y cinco pulsaciones en su estado normal), lo que demostraba una circulación de sangre muy difícil. El célebre Corvisart, con su rara perspicacia medical, pronosticó á Napoleón que si alguna vez dejaba de llevar una vida activa, se resentiría gravemente, porque la circulación ya lenta en él aumentaría su lentitud, lo que le proporcionaría lamentables consecuencias, tales como la hinchazón de las piernas, el frío en los pies, etc. Al ver Napoleón que se realizaban estas profecías de un gran médico, no demostraba ningún pesar, y parecía, por el contrario, ver en todo lo que le pasaba la próxima libertad de su espíritu. Sin embargo, conservando su fuerza el instinto de la naturaleza, y accediendo á las vivas instancias de Mr. de Montholón y de Marchand, emprendió de nuevo algunos paseos á caballo. Le ofrecieron un caballito muy dócil y lo aceptó, montando en él algunas veces. Se aproximaba el fin de 1818, llegaba el buen tiempo del hemisferio austral, y Napoleón encontró en estos paseos un placer que no se esperaba. Al placer siguió el bien, y se sintió revivir. En enero de 1819 parecía estar curado; su color era menos apomado, su vista menos apagada, la hinchazón de sus piernas había disminuído. Marchand, que le profesaba un cariño paternal, le expresó su alegría. «Hijo mío, le dijo Napoleón (este era el título que comenzaba á darle), tus palabras me conmueven, pero no te hagas ilusiones, lo que ves no es otra cosa que el último reflejo de mi salud. Mi fuerte constitución hace el último esfuerzo, después del cual sucumbirá. Yo seré libre y tú también. Tú volverás á Europa, y si de mí depende, serás dichoso el resto de tu vida.» Una circunstancia moral contribuyó al restablecimiento pasajero de su salud. Napoleón, en el estado de languidez de que acababa de salir, había casi abandonado el trabajo, no cuidándose de dictar la relación de sus campañas. Cualquiera hubiera dicho que su propia vida le fastidiaba, y que abandonaba á la posteridad el cuidado de su gloria. Tenía algunos centenares de volúmenes confusamente repartidos en torno suyo; tan pronto cogía unos como otros, pero los dejaba todos en seguida, sin que en su abatimiento lograrse interesarle ninguno de ellos.

Cuando menos lo esperaba, llegaron á sus manos algunos libros históricos relativos á los grandes capitanes, y los leyó con avidez. Por más que hubiese recibido una excelente educación, no sabía más que de un modo muy general la historia de Federico, de Turena, de Condé, de Gustavo Adolfo, de César, de Aníbal y de Alejandro. La vida de estos grandes hombres escrita con minuciosidad le interesó poderosamente. Habiendo casi recuperado sus fuerzas físicas y con éstas las intelectuales, podía prestar una atención asidua á sus lecturas, y se sintió poseído de una ardiente curiosidad por las acciones de los capitanes célebres. Este estudio tenía naturalmente para él una significación que no hubiera tenido para ningún otro. Veía en él lo que nadie podía descubrir, y deseaba conocer los pasos que sus predecesores habían dado en la carrera de las armas para saber lo que él había hecho. Sus miras no tardaron en tomar incremento, y resolvió escribir las vidas de los capitanes ilustres, constituirse en su juez, juez el más competente que podían tener, formando de este modo una historia á la vez animada y profundamente

sabía del arte militar, arte que había sido su pasión y su gloria, y que es con la política el más grande que es dado ejercer á los hombres. Cosa extraña y honrosa para el genio de Napoleón, á partir de este instante dejó á un lado sus propias acciones, de las que no había dictado más que una escasa parte, y se ocupó de las acciones de los demás, consagrándose por completo á los capitanes antiguos y modernos. El primero cuya vida trazó fué Catinat, pero le hallaba, según decía ponderado por los filósofos. Pero pasando á Turena y á Condé: *Es necesario, dijo, rendirse al mérito.* Particularmente Turena le inspiró la más profunda estimación. Después se ocupó de Condé, de Federico y de César. Careciendo de libros especiales, los mandó á pedir, y sir Hudson-Lowe, informado de este nuevo estado de su ánimo, satisfecho al saber que pensaba en otra cosa que no era su evasión, buscó en la biblioteca de Plantation-House libros relativos á la historia del arte militar. Los encontró y los envió á Longwood. Napoleón se puso á trabajar con su acostumbrado ardor, y no tardó en profundizar tres vidas: las de Federico, de Turena y de César. Además quería estudiar y escribir la de Condé, la del príncipe Eugenio, la de Marlborough, la de Gustavo Adolfo, las de los Nassau, de los tiempos modernos, y la de Alejandro, y sobre todo la de Aníbal, de la antigüedad. Después de bosquejar la historia de estos grandes capitanes, pensaba trazar las de otros no tan grandes, si su vida bastaba para llevar á cabo este trabajo. Pero pedía libros y sobre todo las obras de Polibio que no tenía, lo que le incomodaba mucho porque quería recoger nociones exactas sobre Aníbal, hacia el cual sentía la más profunda admiración. Teniendo los *Comentarios* de César, obra que se encuentra en todas partes, aun en la roca más aislada del Océano, pudo juzgar al gran capitán romano, y dictó sobre él á Mr. Marchand páginas inmortales á causa de los dos Césares, el héroe de ellas, y el que es su autor.

Con todo, la mejoría obtenida á principios de 1819 no continuó. Napoleón experimentó nuevos y más violentos dolores de estómago, una viva repugnancia á los alimentos y una extremada dificultad para digerirlos. Vomitaba con frecuencia unas materias negruzcas, y un día hasta sufrió un prolongado desvanecimiento. A bordo del navío *le Conquerant* había un médico distinguido llamado John Stokoe, que se apresuraron á llamar sin consultar al ilustre enfermo, y que no le disgustó porque no le pareció un enviado de la policía de sir Hudson-Lowe. Napoleón le dispensó una buena acogida, pero manifestándole su acostumbrada incredulidad, sobre todo respecto de la medicina inglesa. «Es que se acerca mi fin, decía, y mis bebidas calmantes valen más que todo cuanto podéis recetarme.» El doctor Stokoe volvió algunas veces, pero los motivos que le habían alcanzado la confianza de Napoleón le hicieron perder la de sir Hudson-Lowe, y apenas le consintieron que frecuentara la casa de Longwood. Por lo demás, se habían mandado á pedir á Europa un médico, varios criados y uno ó dos sacerdotes, que faltaban en Santa Elena hasta tal punto que, habiendo muerto uno de los criados de Napoleón, hubo necesidad de recurrir á un ministro protestante para que le prodigara las honras fúnebres. El cardenal Fesch estaba encargado de elegirlos y de enviarlos. Sus antiguas relaciones con las cortes

europas debían proporcionarle facilidades que no podían esperar los demás miembros de su familia.

Mientras llegaban, Napoleón se vió afligido por una nueva separación que le fué más sensible que las anteriores. Mma. de Montholón, que con su carácter amable había contribuído á endulzar su cautividad, sucumbía al clima, y los médicos ingleses habían reconocido que sufría una enfermedad del hígado muy avanzada. También temía por sus hijos y no tenía más remedio que partir. Napoleón quiso que Mr. de Montholón le sirviese de compañero de viaje; pero éste, viendo el estado de su señor, se negó á abandonarle. Así, pues, Mma. de Montholón se embarcó sola con sus hijos; pero Napoleón conocía que muy pronto se vería obligado á enviar al marido al lado de su esposa; que madama Bertrand, cuyos hijos necesitaban la educación europea, no tardaría en marcharse probablemente en compañía de su marido; y comprendía que la adhesión por grande que fuese, tenía que hallar un término en los deberes de la familia; pero no se quejaba y decía que para no quedarse solo necesitaba abandonar la vida cuanto antes. Con efecto, veía llegar el instante de abandonarla, y le veía acercarse sin temor y sin pena.

A fines del mismo año de 1819, continuando la enfermedad su curso progresivo, pero lento, Napoleón volvió á hacer una vida sedentaria. El oficial de servicio no lograba verle sin trabajo, y las prescripciones de lord Bathurst, que ordenaban que se identificase su persona todos los días, no podían ser observadas. A veces se pasaban muchos días sin verle, pero el movimiento de los criados en torno de la habitación del enfermo, los cuidados que le prestaban, su visible inquietud, no podían ser una comedia inventada para ocultar una evasión, y el oficial de guardia se contentaba con esta clase de pruebas. Hubieran debido contentarse siempre, porque en el estado en que se hallaba Napoleón, aunque le hubieran abierto las puertas de su prisión, todo lo más que hubiera podido hacer hubiera sido salir á respirar un poco de aire puro. Sin embargo, las reiteradas órdenes de lord Bathurst ponían en gran aprieto á sir Hudson-Lowe, y tuvo que recurrir á un medio ingenioso, pero poco digno, para comunicarse con su prisionero. Hasta entonces siempre había sido dirigida la correspondencia al gran mariscal Bertrand; y pensando lord Bathurst que este modo de proceder conservaba demasiado á Napoleón la actitud de un soberano, ordenó que le fuesen enviadas directamente todas las comunicaciones que llegasen con destino para él. De este modo había seguridad de ver á Napoleón cuando quisieran, y sir Hudson-Lowe resolvió poner en práctica este sistema. Expidió á Longwood un oficial de caballería, quien por lo demás se presentó con la circunspección debida, y pidió permiso para entregar un pliego á *Napoleón Bonaparte*. Enviado á presencia de Marchand y conociendo éste que se trataba de violar el uso establecido, declaró que todo mensaje debía ser entregado al *emperador Napoleón* por medio del gran mariscal Bertrand. El oficial fué despedido de este modo, y Mr. Marchand corrió á anunciar á su amo la nueva tentativa, quien ordenó inmediatamente á sus criados que no abriesen la puerta de su cuarto á cualquiera que se presentase á buscarle, y previendo que llegarían quizá á forzar su morada, tomó una resolución